

LA BRÚJULA EN EL TABLERO (Ecos de una reunión de Asolingua)

Al prof. Juan de la Cruz Rojas

Por Javier Tafur González

Al iniciar el taller sobre “Escritura de textos académicos”, con un grupo de profesores universitarios, principié por hacer algunas comparaciones entre los docentes y los escritores, ya que me parece que sus vidas tienen muchos aspectos en común, y el más importante: unos y otros trabajan con el lenguaje y viven de la palabra.

La afirmación precedente es cierta, sólo parcialmente, porque, de hecho, los seres humanos vivimos en el lenguaje; o, mejor, como lo dijo Heidegger: “***El lenguaje es la morada del ser***”.

Este comentario inicial tenía por objeto hacer conscientes a los docentes participantes de todo el bagaje que tienen, por haber vivido siempre entre el tablero, la tiza y el borrador; entre el marcador y la almohadilla; entre el papel, el estilógrafo y el tintero; la libreta de apuntes, el cuaderno y el bolígrafo; entre la máquina de escribir y el teclado; entre el teclado, la torre y la pantalla. Atrás quedaron la pizarra y el gis, en el camino viejo de la escuelita de doña Inés, pues Garzón y Collazos se los llevaron cantando.

Más allá de esta evocación de tono sepia, mi observación apunta a rendirle un reconocimiento al docente, porque éste, en tanto que profesor y maestro, tiene una vocación de estudiar continuamente, de buscar explicación para todo, motivado por una curiosidad que no lo abandona; que, en muchísimos casos, lo ha premiado con descubrimientos, inventos, aportes teóricos, y, en el diario vivir, con darle una ubicación temporo-espacial que le permite darse cuenta de sí, de la sociedad y de su tiempo.

Son muchos los técnicos, los profesionales de todas las disciplinas, empleados y funcionarios, incluso artistas que rinden su curiosidad, su independencia y su criterio ante las ofertas de

ingresos; ingresos que los tornan cómodos, que los aperezan y los hacen muelles y abúlicos, pero no a los maestros que continúan en el libre ejercicio de sus lecturas y críticas. Obviamente que en este gremio también son muchos los que abandonan *la torre del vigía*, cambian de frente y se hacen indiferentes a estas causas.

Más allá de los sectarismos, los maestros que honran su tradición, siguen siendo una reserva de independencia frente a las ideologías fundamentalistas; entre ellas, de una de las más perniciosas y proteicas, la del consumismo.

Estando bien parados en esta tierra, claros en este mundo, conscientes de sus derechos, posibilidades y limitaciones, generalmente cumplen una labor de intermediarios entre los grupos sociales y el estado: estudian, analizan, hablan, piden, reclaman, protestan, exigen, explican a los demás, multiplican... Son los defensores del humanismo, cuyo fundamento esta en reconocer al otro...

Tengo por los docentes gran admiración, desde el legendario maestro de escuela, al incansable investigador que consume su vida alumbrando a los demás como los científicos arquetípicos. De otra parte, a la mayoría, las necesidades los han hecho recursivos y realistas, por lo que a su conocimiento suman la experiencia; no son pocos los que alcanzan la sabiduría y ayudan cotidianamente a la comunidad.

Así que al iniciar el diplomado de escritura académica apelé a estas fuerzas de las que disponen los docentes, para que, siendo conscientes de ellas, se “empoderaran” –como dicen ahora en las llamadas ciencias sicosociales-, y volvieran por sus fueros; porque los maestros siempre han trabajado con la palabra, como los escritores, los poetas y los comunicadores, para que sin timideces, iniciáramos los ejercicios del taller de escritura. Con estas fortalezas, conociendo el tema que queremos exponer, estando orientados sobre los objetivos que nos proponemos conseguir, sabemos dónde y cómo ir; tenemos la brújula en el tablero...